



## EL DEFENSOR

# DEL BELLO SEXO.

Periódico de literatura, moral, ciencias y modas, dedicado exclusivamente á las mugeres.

Hay emociones dulces y consoladoras que las siente el alma, pero que no es dado á los labios expresarlas. A esta clase corresponde la que hemos experimentado al leer la siguiente carta:

Sr. D. José de Souza: Sr. mío, al recibir el bello periódico que V. dirige, me lisonjeo doblemente por el obsequio de la memoria y por el mérito de ella. Constituirse en defensor de nuestro sexo es una generosa empresa; hacernos partícipes de los triun-

fos que nos conquista, es todavía mayor favor.

No podré yo aumentar con mis débiles bosquejos de literatura ni el brillo ni la autoridad de su publicación; pero espreso á V. mi agradecimiento y buena voluntad poniendo á sus órdenes mi escasísimo ingenio. B. A. L. M.—*Carolina Coronado*.—  
Setiembre 4.

CONTESTACION.

Señorita Carolina Coronado. Mi señora:



no encuentro palabras con que manifestar á V. la satisfaccion que he experimentado al leer su muy favorecida á que tengo la honra de contestar.

Doy á V. un millon de gracias por los elogios ( que no merezco ) que se digna tributarme.

No tengo pretensiones de ninguna clase , y al decidirme á publicar *El Defensor del bello sexo* , solo me propuse dar el primer paso en una senda que otros podrán recorrer con mas tino y acierto, como dije en el prospecto.

Mi publicacion ha tenido una acogida mas favorable que la que yo me prometia. Por lo tanto , si la fortuna y la bondad de las señoritas que , como V. me favorecen con las producciones de su claro ingenio, me conquistan algunos laureles , me tendré por muy dichoso en que se dignen permitirme los ponga á sus pies con la consideracion de mi respeto , admiracion y gratitud.

Con esto , y si V. me concede la gracia de contarme en el número de sus mas humildes servidores , quedarán altamente satisfechos los deseos de su afectísimo Q. S. P. B.—*José de Souza*.

### Á LAS JÓVENES.

Todas las mugeres sienten que el cielo no las haya dotado de belleza; todas las mugeres creen que esta es la cualidad ó circunstancia que mas las recomienda; todas las mugeres se consideran desairadas si no son hermosas; todas las mugeres estan en la idea de que hacen un triste papel , cuando no son un modelo de perfecciones fisicas ; y todas creen que no son buscadas sino son bellas. ¡Os engañais, sí, vivis equivocadas, pero no teneis la culpa! La tienen vuestras madres; la tiene la ig-

norante educacion que se les diera , y por último la tenemos nosotros.

Nosotros que os adulamos; nosotros que hemos contraído el hábito de no hablar con vosotras el language de la verdad; nosotros que por inmoralidad y preocupacion, creemos lícito alucinaros, estraviar vuestra opinion y engañaros; pero ¡ah!!! cuánto daño os hacemos , seres sensibles y encantadores , y qué cúmulo de males nos acarreamos nosotros mismos!

Las madres creen por desgracia que sus hijas pueden aspirar á brillantes colocaciones solo con ser hermosas , y de aqui el tenerlas tan abandonadas en la parte moral. Tanto las madres como las hijas consideran que todo se les debe de justicia cuando estan adornadas de belleza. ¡Infelices unas y otras , os compadecemos!... ¡Cuán poco conoceis al hombre! ¡Cuántos sinsabores y amarguras os esperan el dia que salgais del esmaltado campo de las ilusiones, y os encontréis frente á frente con la realidad , ante la cual desaparecen las quimeras y vienen á tierra los dorados castillos de la fantasía!

¿Creeis por ventura que no sabe el hombre que la hermosura es una flor delicada, que nace por la mañana , nos sorprende y admira con sus colores y aromas, pero que á la noche muere, y muere para siempre? ¿Creeis que no sabe el hombre que la muger hermosa se ocupa demasiado de si misma para acordarse del que la elige por compañera? ¿Creeis que ignoramos nosotros que la muger hermosa es casi siempre vana y orgullosa? ¿Creeis que no sabe el hombre que la muger cuando es bella, tiene el prurito de agradar á todos, para pisar, si es orgullosa, las coronas que se ponen á sus pies ; ó para colocárselas en sus sienes, si es vana y presuntuosa? ¿Creeis que ignora el hombre que la mu-



ger bella no es un continuo peligro?... Pues todo esto lo sabemos, sí, y también sabemos que la felicidad, al elegiros por compañeras, depende de la dulzura de vuestro carácter; de esa esquisita sensibilidad con que al Ser Supremo plugo dotaros; de vuestra docilidad, puesto que es indispensable os convenzais de que el hombre es el jefe de la familia, por disponerlo así las leyes divinas y humanas; de que nuestra felicidad depende de que tengais una moral justa y racional, y no escética, porque el hogar doméstico no es un claustro; de que tengais una esmerada educación, en la que se os inculque *ante todo* la idea de cual es vuestra misión en la sociedad.

Si reunís todas estas cualidades, estad tranquilas por vuestro porvenir, que si no os queman incienso los jóvenes aturdidos y superficiales, contareis con las simpatías de los juiciosos y reflexivos; pero para esto es menester que obreis con decoro y dignidad, sin elevaros demasiado, pues entonces no os veremos; y que no os coloquéis tampoco al nivel del suelo, porque en este caso os espondreis á ser pisadas.

No olvideis que muchos hombres de los que creéis, detestan los dulces lazos de himeneo, no se acercan á vosotras, porque no os encuentran adornadas de las cualidades que necesitan para vivir tranquilos y felices: no olvideis que el hombre no es mas que la mitad de su ser; y que si no tiene una compañera á quien abrir su corazón y confiarle sus mas íntimos pensamientos, vive triste y melancólico; y ni en el bullicio de las diversiones, ni en los placeres de la orgía, encuentra nada que pueda llenar el vacío que advierte en su corazón. Para ocuparlo se une á vosotras mas tarde ó temprano, porque llega el tiempo en que todo le hastía, y

en que el sentimiento é instinto de la paternidad, se despierta en su corazón de una manera tan vehemente y devoradora, que olvida sus protestas y baladronadas de que no perdería su libertad, y se presenta á vosotras convertido de tigre en cordero y rinde á vuestros pies su corazón, sus títulos, honores y fortuna, considerándose feliz si todo lo aceptais, para cruzar asidas de su brazo el triste valle de lágrimas en que vivimos.

JOSE DE SOUZA.

### A LA CASTIDAD.

*Ma virtù che da buon non si scompagna,  
Mostro a quel punto ben, com' á gran torto  
Chì abbandona lei, d' altrui si lagna.*

PETRARCA.—Triumpho della Castità.

Alma virtud, de la celeste esfera,  
do en inmenso raudal nace tu lumbre,  
desciende en alas de apacibles vientos:  
desciende placentera,  
y haz que el fulgor virgíneo de tu llama  
que vence en claridad á la del día,  
del águila me preste el ardimiento  
y dé vigor al noble pensamiento.

¡Cuanto siempre te amé! ¡Cuanto en mi boca  
desde el primer albor de los floridos  
años felices de la tierna infancia,  
tu nombre resonó, tu nombre puro  
que difunde la dicha por do quiera!...  
¡Oh! ¡Déjame que aspire tu fragancia.  
Déjame y haz que al ensalzar la gloria  
de lo que encierra el orbe  
de mas inmaculado, con mi acento  
llegue á lograr del genio la victoria!

¿Quién límites pusiera al entusiasmo  
cuando tu luz al corazón inspira,  
cuando inflamas la mente  
y haces sonar las cuerdas de la lira?...  
El ángel mismo que á llorar su arrojo



al éncavo profundo descendiera,  
su ponzoñosa furia derramando,  
si contener osara  
el vuelo de la ardiente fantasía  
cuando tu ser revela, confundido  
en el antro infernal se ocultaría.

Brilla pues, brilla pues, desde ese trono  
zafireo en que te encuentras coronada  
de estrellas rutilantes:  
de los procaces hombres el encono  
deja tu ropa virginal manchada;  
pero á despecho del mortal insano  
luce el limpio fulgor de la inocencia,  
y aun no ha nacido la nefanda mano  
que pueda emponzoñar la fuente pura  
de una tranquila y cándida conciencia!

Así como la flor del hondo valle  
que humilde crece junto al claro arroyo,  
de quien la vida y la salud recibe,  
irgue modesta su lozano talle  
para mirar sus pétalos azules  
de perlas llenos que las ondas manan;  
y cuando el soplo de infestado ambiente  
emponzoña los líquidos cristales  
en donde el ser un tiempo recibía,  
mustio el tallo gentil dobla su frente  
privada de su pompa y ufanía.

Asi tambien la tímida doncella  
que al soplo impuro del amor liviano  
abre el sencillo corazon, de abrojos  
que desgarran su planta  
do quier sembrado mira  
de la existencia el áspero camino;  
y, marchita la flor de su inocencia,  
víctima triste al espirar escucha  
el grito aterrador de la conciencia.

Cuán diversa es su suerte si, animada  
de tu alito divino,  
solo imita á la flor que en la enramada  
oculta su ropaje purpurino,  
como la régia perla de Basora  
esconde su candor y su hermosura  
en su concha de nacar brilladora.  
Entonces es la virgen azuzena  
que en el campo á los vientos desafía;  
és el albo clavel, el rojo lirio  
que muestra henchido el cáliz de ambrosía  
y vierte en los espacios un perfume

que la tremenda furia  
del hórrido Aquilon jamás consume!

Mas ya, célica virgen, ya te miro,  
entre nubes de nardo y de azahares,  
dejar piadosa la celeste altura,  
al suelo descender vertiendo flores  
que bañan en su aroma tus altares,  
y entre los pliegues de tu níveo manto  
el tesoro guardar de la hermosura,  
que por tu influjo santo  
contrasta del destino los rigores  
y solo enciende en la estension del mundo  
la antorcha de los cándidos amores!

De hoy mas la cervatilla descuidada,  
del lobo carnicero  
no llorará los pérfidios amañes;  
y el inocente arminio que la vida  
rinde del hombre astuto á los engaños  
antes que mancillar su pura nieve,  
tranquilo ha de vivir; pues si tu fuego  
ilumina do quier los corazones,  
no mas renacerá la inmunda llama  
que solo enjendra bárbaras pasiones!!

MANUEL CAÑETE.

Estando señalada para el 11 del corriente la vista de un pleito en una de las salas de esta audiencia, y no habiendo asistido el abogado defensor de unas de las partes, que lo era la señorita doña Antonia Cisneros, despues de haber hecho el abogado contrario su oportuna defensa, dicha señorita, que se hallaba presente, creyó conveniente á su derecho dar alguna contestacion á lo espuesto por el abogado contrario, para lo que pidió y obtuvo el permiso del tribunal.

Empezó sus reflexiones esta señorita con tal modestia y finura, que en el momento dió á conocer su esmerada y particular educacion, continuando despues con una elocuencia, energia y desembarazo, que causó la admiracion de cuantos la escucharan. Se hizo cargo la señorita Cisneros de los hechos mas importantes de la cuestion que se ventilaba, usando con toda oportunidad de los términos propios del foro, logrando llamar de tal modo la atencion de



los señores de la sala, que mandaron volver á leer un escrito que citó la interesada.

Admirable es por cierto el talento, el acierto y la serenidad con que se produjo la señorita Cisneros en un lugar tan imponente y respetable, y sobre un asunto tan árido y tan extraño, aun á la mas esmerada educacion de su sexo.

(Del Espectador.)

### CONSULTA

*hecha al Director del DEFENSOR DEL BELLO SEXO, como abogado, en un pueblo de Andalucia.*

Litigante. Eztá en caza el zeñó ajogao?

Abogado. Adelante.

L. Buenoz diaz, zeñó José.

A. A Dios, amigo mio.

L. Puez zeñó, aqui vengo llo mandao por zu amigo de ozté y mi padrino el zeñó Navarro.

A. Enhorabuena.

L. Ez el cazo que llo quico pleitear.

A. Es V. muy dueño.

L. Y tanto que lo zoy de la capellanía; puez que el zeñó fundaor azi lo jizo.

A. Ya, me parece bien; con que desea V. litigar sobre derecho que cree asistirle á una capellanía?

L. No que creo, como ez ezo, lo creo y lo confiez; y yo y mi muger lo probaremos.

A. La persona que tiene derecho es V., ó su muger?

L. No zeñó, ez mi Tereza, el ama de mi caza y de la capellanía.

A. Ya, pues adelante.

L. Ez el cazo que mi padrino, el zeñó Navarro, ha vizto loz autoz.

A. Están ya pendientes?

L. No zeñó, pero mi padrino loz pondrá pendientez.

A. Y de qué manera?

L. Como Dioz manda.

A. Con que es decir....

L. Acá no tenemos naa que dizir, zino que jazer.

A. Pues adelante.

L. Zeñó Jozé, ez el cazo que una prima hermana de una amiga de la zapatera que corre

con loz zapatoz de mi muger, vió ogañazo en el jorno de la tia Paca una partia de bautizmo, un calendario del año de 808, una bula de la santa Cruzada y la ejecutoria del tio Frazco Lopez...

A. ¡Magníficos documentos!

L. No le igo yo á ozté, zeñó Jozé, zi el pleito eztá ganao, y con coztaz, zi zeñó, con coztaz.

A. Adelante.

L. Puez zeñó, aun vió maz; ez dizí, que tambien puo guipar una minuta de un teztamento que el bizabuelo de la prima hermana de la amiga de la zapatera de mi muger pensó otorgar, fundando la capellanía, y que lo hubiera otorgao, aqui no cabe duda; pero ez el cazo, zeñó Jozé, que el ezeribano Juan Carlancaz y Razcabolziloz, que debia otorgarlo, ze entretuvo en echar una cañita caza del tio Rompebotellaz, y el teztar... no quizo ezperar maz; y, lo creerá zu merzé, zeñó Jozé.. puez, la verdá, ze murió el teztar.

A. Si señor, lo creo, y tambien creo que es V. un...

L. Litigante de buena fé, toma, puez ya ze vé que zi. Ezto me lo ha icho repetiaz vecez mi padrino el zeñó Navarro.

A. Si... se conoce que su padrino de V. es....

L. Un gran perito en pleitoz; too el pueblo lo ize, y lo que ez maz, mi tocayo el barbero del barrio alto, que eztá arreglao á un papel de letra e molde que recibe toitoz loz correoz, y ez mozo de provecho.

A. Pues si lo dice el barbero...

L. Bazta, zeñó Jozé, como que el barbero afeitá al zeñó juez, y le cuenta too lo que paza en el lugar.

A. Y qué sacamos en claro con eso?

L. Puez ez poca coza, zeñó Jozé; puez qué, no cae zu merzé en la cuenta?

A. No, no caigo, estoy sentado.

L. Como el barbero anda por la cara del zeñó juez, y muy á menuo, zabe ya y conoce á Justino ó Justiano y á laz panderetaz ó laz Pandetaz... una coza azi, azi.

A. Las Pandectas.

L. Zi zeñó, ezo, ezo; y á icho á mi Tereza y á mi, que el pleito eztá ganao, y con coztaz.

A. Pues yo digo que no.

L. ¡Cómo que no! puez qué, zabe zu merzé maz que el barbero?

A. No, por que no sé afeitar.

L. Aqui no ze trata de afeitar, zino de Pandetaz, y cuenta que el barbero ez un muchacho muy luzio y de brillo, como que era el que empleaba el tio Terrones, el jerraor, pa-



que sugetara á la mula de la tía Colaza, la aparaora, cuando la jerraba.

A. Pues nada de eso basta. El testamento no se otorgó, y su Teresa de V. nada puede reclamar. Por otra parte, qué tiene que ver su Teresa de V. con la amiga de la prima hermana de su zapatera?

L. Puez no á é tené? zeñó Jozé, y mucho que tiene; puez zi eztubieron juntaz en la academia, y ziempre han conzerbao muy güenaz relacionez.

A. Pero hombre de Dios, el que pensó fundar la capellanía y no lo hizo, ¿era pariente de su muger de V., sí, ó no?

L. No, zeñó Jozé.

A. Pues entonces ¿cómo quiere V. pretender la capellanía, cuya fundacion quedó en la mente del que tuvo ánimo de otorgar testamento, segun V. afirma?

L. Puez eza ez la grazia, zeñó Jozé, por ezo vengo yo á ver á zu merzé; y en cuanto á loz derechoz del peimento no hay eudio. Yo loz pago en cuanto recoja la zevá, y zi le guzta á zu merzé, ze la traigo.

A. Gracias, gracias, no la gasto, porque no tengo caballo como V., sabe.

L. Puez, zeñó Jozé, lo que zu merzé quiera.

A. Yo desearia se convenciera V. que no puede entablar accion alguna, porque carece de derecho.

L. No entiendo ezo, zeñó Jozé, ezpliquémelo zu merzé claro, clarito.

A. Tio Andrés: mortus est qui non rabeat, et vibus qui pataleat; no hay parentesco y el testamento no rabeat, por que no se otorgó, luego su Teresa de V. no puede patalear con el pleito.

L. Zeñó Jozé yo no zé el franzé y naita é entendio de lo que su merzé acaba de izirme; lo mejó zará que venga mi tocayo el barbero, y zi no bazta, que zi baztará, vendran tambien mi padrino el zeñó Navarro y mi muger Teresa que lee é corrio.

A. Que vengan todos enhorabuena.

L. Qué debo, zeñó Jozé?

A. Nada, hombre: no llevo nada por consultas de pleitos que no se entablarán, como sucederá con este.

L. Ezo zará lo que mande mi Tereza; pero de tooz mooz, eztimando zeñó Jozé; yo lo iré á mi padrino el zeñó Navarro. Con que, caiga zalú.

A. Vaya V. con Díos, buen hombre.

JOSE DE SOUZA

## DOÑA TERESA, INFANTA DE LEON.

(Continuacion).

III.



UANDO don Ramiro y don Vela llegaron á la catedral los oficios divinos estaban concluyéndose. Asi

fué que á los pocos minutos la corte regresó á palacio.

Los caballeros que componian la comitiva del rey se separaron entonces, dirigiéndose á sus palacios, para dar las órdenes oportunas, á fin de que el dia siguiente, en que se habia de verificar el torneo, segun estaba anunciado por el rey, los encontrase prontos á lucir sus armas, sus corceles y sus galas. La ciudad entera participaba de la misma animacion de los justadores. En las calles y las plazas habia multitud de corrillos, en los cuales no se hablaba de otra cosa que de las probabilidades del triunfo, ya del mantenedor, ya de cada uno de los que de público se sabia que habian de tomar parte en la liza. Unos celebraban las fuerzas hercúleas de D. Ramiro, opinando porque al primer encuentro echaria por tierra al mantenedor. Otros creian que el triunfo sería de D. Vela, reputado por una de las mejores lanzas de aquella edad, porque á los brios de los castellanos unia la destreza y agilidad de los árabes entre quienes se habia educado. Los afectos á D. Gonzalo oponian por su parte la gran pujanza y los conocidos brios del mantenedor, apostando doble contra sencillo á que los heraldos



aclamarian por vencedor al joven conde de Galicia; y cuando insistian los partidarios de D. Ramiro, respondian los primeros con una risa burlona, que irritaba á estos últimos y hacia que la conversacion fuese cada vez mas animada. Todos en fin, hablaban, disputaban y decidian segun la opinion que tenian del valor y destreza de los justadores.

Y no era solo entre los caballeros y el pueblo donde se trataba del éxito del próximo torneo. En una de las estancias del palacio real dos hermosísimas jóvenes tenían la misma conversacion. La de menos edad, pues, apenas rayaria en los diez y siete, alta y bella, de negros ojos, largos y profusos cabellos del mismo color, y en cuyo rostro de un moreno claro, se revelaba una dignidad verdaderamente reja; decia así á la otra, rubia de unos veinte años, y que sentada á la parte opuesta del bastidor en que entrambas hacian labor á un mismo tiempo, la escuchaba con cierto temor no disimulado:

—Valiente es D. Ramiro, no te lo niego; pero aunque no se peleara con la lanza embotada, dudo mucho que hiciera perder la silla á ninguno de los caballeros de tu hermano. Acuérdate del último torneo. Mi primo corrió muy bien las dos lanzas primeras, pero á la tercera, fuese por casualidad ó por el recio golpe que le dió don García, el de Castilla, lo cierto es que perdió un estribo.

—No dudo yo del valor de mi hermano, mi querida amiga; pero quíerele tan mal D. Ramiro, que á veces desearia que no se encontrasen en el torneo.

—Quizás sea así, porque mi primo se contentará probablemente con correr las lanzas con su cuadrilla, y no querrá disputar el premio á tu hermano lanza á lanza como mantenedor. Esto se lo confiará á su amigo D. Vela.

—¡A ese cara de hereje! ¡Ay Dios mio! ¡Lo creo! porque ese hombre parece nacido para dar pesadumbres. ¡Que rostro el suyo! ¡que mirada! ¡Miedo me dá siempre que fija en mi sus ojos de reptil! ¡Y luego! ¡dicen que ha adquirido entre los moros tal destreza en la lanza!—¡Qué tris-

te seria para mi pobre hermano verse derribado por D. Ramiro ó por uno de sus partidarios! Y no precisamente por salir vencido, sino por verse privado de recibir el premio de manos de.....

—Vamos, cállate; replicó con dulzura la mas joven. Ya sabes que hemos convenido en no hablar nunca de eso.—Pero, (añadió viendo la tristeza que aparecia en el rostro de su amiga), pero está segura, que veré con gusto el que tu hermano quede por dueño de la liza.

—Y ¿quién duda eso? dijo alegremente el joven D. Alonso V., que al entrar en la estancia habia oído las últimas palabras de su hermana doña Teresa dirigidas á doña Elvira, hija del conde de Galicia y despues esposa del mismo rey, á la sazón enamorado de ella, y que por lo mismo, veia con sin igual placer la amistad casi fraternal de las dos jóvenes y las respetuosas muestras de amor del conde don Gonzalo á la infanta.—Tu hermano, dijo, dirigiéndose á doña Elvira, es una de las mejores lanzas de mi reino, y mañana verás como se realiza el deseo de Teresa. Va á ser un gran dia. Y lo que siento es, que ni mi madre ni mi querido tutor, añadió, animándose su rostro con aquel fuego guerrero, que despues lo hizo célebre, me permiten correr una lanza, aunque fuera de aventurero, segun les he propuesto. Pero acaso no esté lejos el dia, en que lo haga, y no con armas cortesés como mañana. Mientras tanto, sabed que todo se halla ya concluido. El palenque es magnífico, y caben en los andamios mas de 20,000 espectadores.—Ahora mismo acabo de ver la armadura y el caballo que han de servir de premio al vencedor, y á fé mia que me han dado impulsos de vestirme la primera y montar el segundo, y presentarme así ante los campeones á ver si alguno de ellos me hace con la punta de la lanza que se las ceda. Pero en fin, lo dejaremos por ahora. Ya están formadas las listas de los campeones. Gonzalo es el mantenedor, y mi primo Alonso y García alternarán con él en las lanzas mientras que no haya un caballero que pida combate personal. Mi primo Ramiro con D. Vela y otros caballe-



ros navarros y castellanos se proponen disputar el premio: veremos como se portan. Y tú, dijo de repente y medio riéndose el joven rey, dirigiéndose á su hermana, ¿quién desearias que saliese vencedor? ¡Son tantos los que llevan tus colores! Vamos, dímelo. Ahora estamos solos, y lo que confiaras á tu amiga, bien puedes decírselo á tu querido hermano. Ya sabes que aunque mas joven que tú, sé guardar un secreto, y que nunca han tenido que reñirme por haber faltado á él. —¿Es acaso, Ramiro? ¡Buena lanza! Siempre te está mirando, y debe quererte mucho. ¿No respondes? Pues entonces será Alonso. ¡Oh! Alonso es tambien valiente, y con sus cabellos rubios, su risueña cara y sus hermosas trobas es digno de su prima. Ademas....

—Callate, hermano; y déjate de esas cosas, replicó doña Teresa, siempre estás pensando en niñerías.

—¿Que calle? replicó el incorregible rey, que enamorado, á pesar de su corta edad, de doña Elvira, hija del conde de Galicia, habia sacado esta conversacion, para venir por fin á darla á entender su passion, como lo hacia siempre que visitaba á su hermana de la que aquella no se separaba nunca. —¿Que calle? Pues bien: callaré si me lo dices. — Pero yo lo acertaré. Si no es ni Ramiro ni Alonso, será Gonzalo; éste tambien lleva tus colores, hermana, y...

—¡Alonso! exclamó doña Teresa con un acento en que se revelaba que la hermana mayor trataba todavia al rey como á un niño.

—¡Bueno, bueno! replicó éste. Pero ya que tú no quieras hacer confianza de mi, al menos espero que la hará Elvira.

—¡Yo señor! exclamó asustada y poniéndose sumamente colorada la hija del conde de Galicia.

—Sí; tú. Ya sé: ya sé que hay tambien algunos caballeros, repuso el rey como amenazando y como reconviniendo, que usan tus colores en todas partes. Eso es muy natural; pero tambien lo es el que sepamos quién es tu caballero.

—Pero, señor; bien sabe V. A... y la tímida doncella no pudo concluir la frase.

—¿Qué he de saber si no me has dicho nada? repuso el enamorado rey, que como todos los amantes jóvenes, en lugar de hablar de sí, al objeto de su cariño, no saben mas que pedirse celos de los demas.

Vamos, nómbramelo, y me marchó.

—Pues yo te lo diré mañana, dijo, interviniendo doña Teresa, si dejas ahora á la pobre Elvira. Ademas tenemos que disponer muchísimas cosas y con tu conversacion nos hemos olvidado de ellas, y si entra madre á tí te va á regañar por haber venido á esta hora, y á nosotras porque no la hemos avisado.

—Calla, inocente, si madre está hablando con el tutor de tantas cosas que ni se acordará siquiera de nosotros! Pero me marchó. —Con que ¿mañana me dirás el nombre del caballero de Elvira?

—Sí.

—Pues hasta mañana. Y saludando á la que despues habia de ser su esposa, se alejó el rey.

—¡Qué vergüenza me ha hecho pasar tu hermano! dijo entonces doña Elvira. ¿Y qué vais á decirle mi querida amiga? ¡Por Dios que no le declares ....

—Ya veremos lo que le digo. Ahora vámonos á la capilla, y pide á Dios que el amor de mi hermano sea tan grande como la amistad que nos une. I. R. de A.

(Se continuará).

